

La dictadura y después

Las heridas secretas



Eduardo Galeano

Los símbolos

Mucha ceniza ha llovido sobre la tierra porpúrea. Durante los doce años de la dictadura militar, Libertad fue nada más que el nombre de una plaza y una cárcel. En la cárcel, la mayor jaula para presos políticos, estaba prohibido dibujar mujeres idealizadas, parejas, pájaros, mariposas y flores; y los presos no podían hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido ni saludar a otro preso. Pero estaban presos todos, salvo los carceleros y los de terrados: tres millones de presos, aunque parecieran presos unos pocos miles. A uno de cada ochenta uruguayos le ataron una capucha en la cabeza; pero capuchas invisibles cubrieron también a los demás uruguayos, condenados al aislamiento y a la incomunicación, aunque se salvaran de la tortura. El miedo y el silencio fueron convertidos en modos de vida obligatorios. La dictadura, enemiga de todo cuanto crece y se mueve, cubrió con cemento el pasto de las plazas que pudo atrapar y taló o pintó de blanco todos los árboles que tuvo a tiro.

EDUARDO GALEANO: Escritor y periodista uruguayo. Director de la revista Brecha. Entre sus obras, traducidas a varios idiomas y difundidas mundialmente, se destacan "Los días siguientes", "Las venas abiertas de América Latina", "Vagamundo", "La canción de nosotros", "Conversaciones con Raimón", "Días y noches de amor y de guerra", "Memorial del fuego" (tomos I y II), "Contraseña".

El modelo

Con ligeras variantes, un modelo similar de represión y prevención fue aplicado en varios países latinoamericanos, en los años setenta, contra las fuerzas del cambio social. Aplicando la panamericana doctrina de la Seguridad Nacional, los militares actuaron como un ejército de ocupación en sus propios países, sirviendo de brazo armado al Fondo Monetario Internacional y al sistema de privilegios que el Fondo expresa y perpetúa. La amenaza guerrillera sirvió de coartada al terrorismo de Estado, que puso en acción sus engranajes para reducir a la mitad los salarios obreros, aniquilar las organizaciones sindicales y suprimir las conciencias críticas. Mediante la difusión masiva del terror y la incertidumbre, se pretendió imponer un orden de sordomudos. En la computadora del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, todos los ciudadanos uruguayos fuimos clasificados en tres categorías, A, B y C, según el grado de peligrosidad desde el punto de vista del proyectado reino militar de los estériles. No se podía obtener empleo, ni conservarlo, sin el Certificado de Fe Democrática que esa computadora emitía y que entregaba la policía —especializada en Democracia en cursos dictados por Dan Mitrione, catedrático norteamericano en Técnicas de Tortura. Hasta para celebrar un cumpleaños era imprescindible la autorización policial. Cada casa fue una celda; se convirtió en campo de concentración cada fábrica, cada oficina, cada facultad.

La agresión

La dictadura arrasó el sistema de enseñanza y en su lugar impuso un sistema de ignorancia. Mediante la sustitución brutal de profesores y programas, se pretendió domesticar a los estudiantes y obligarlos a aceptar la moral cuartelera que llama al sexo **salida higiénica** o **deber conyugal** y la cultura momificada que considera **naturales** el derecho de propiedad sobre cosas y gentes y el deber de obediencia de la mujer al hombre, del hijo al padre, del pobre al rico, del negro al blanco y del civil al militar.

Se dictó la orden de desvincular y despalabrar al país. Todo lo que comunicara a los uruguayos entre sí por vínculos de solidaridad y de creación, era delito; era conspiración todo lo que los comunicara con el mundo; y resultaba subversiva toda palabra que no mintiera. Se castigaba al participante, al activista político y sindical y también a quien no lo denunciara. Cualquier comentario se podía considerar lesivo para las fuerzas armadas y podía significar, por lo tanto, de tres a seis años de prisión y palizas a veces mortales. Se llegó al extremo de censurar la prensa proveniente de las dictaduras de Argentina y Brasil, vecinas y colegas, porque decía demasiado. Estaba prohibido nombrar la realidad, el presente y la pasada. Se decretó la borrorina general de la memoria colectiva: al fin y al cabo, José Artigas y José Pedro Varela, fugados del bronce de sus propias estatuas, podían proporcionar peligrosas claves de identidad y espacios de encuentro a los perplejos jóvenes que se preguntaban: **¿De dónde viene mi tierra? ¿Quién soy? ¿Con quién soy?**

La respuesta

Y sin embargo, la cultura uruguaya se las arregló para seguir respirando, dentro y fuera del país. En toda su historia no había recibido mejor elogio que la persecución feroz que sufrió en estos años. La cul-

tura uruguaya siguió viva, y fue capaz de dar respuestas de vida a la maquinaria del silencio y de la muerte. Ella respiró en quienes se quedaron y en quienes tuvimos que irnos, en las palabras que circularon de mano en mano, de boca en boca, en la clandestinidad o de contrabando, escondidas o disfrazadas; en los actores que decían verdades de ahora a través del teatro griego y en los que fueron obligados a peregrinar por el mundo como cómicos de la legua; en los trovadores desterrados y en los que en el país cantaron desafiando; en los científicos y artistas que no vendieron el alma; en las respondonas murgas de carnaval y en los periódicos que morían y renacían; en los gritos escritos en las calles y en los poemas escritos en las cárceles, en papel de fumar.

Pero si por cultura entendemos una manera de ser y de comunicarse, si la cultura es el conjunto de símbolos de identidad colectiva que se realizan en la vida cotidiana, la resistencia no se limitó a todos esos signos, sino que fue todavía más ancha y más honda.

Obdulio Varela, un célebre jugador de fútbol muy conocedor de la gente y de la tierra, hacía un amargo balance en los días finales de la dictadura:

Nos hemos vuelto egoístas —decía Obdulio, a principios de 1985—. **Ya no nos reconocemos en los demás. Se va a hacer difícil la democracia.**

Y sin embargo, el pueblo uruguayo había sabido dar respuestas solidarias al sistema del desvínculo. Hubo múltiples maneras de encontrarse y compartir —aunque sea lo poco, aunque sea lo nada— que también forman parte, luminosa parte, de la resistencia cultural uruguaya de estos años, y que se multiplicaron, sobre todo, en los sectores más sufridos de la clase trabajadora. Y no me refiero solamente a las grandes manifestaciones callejeras, sino a realizaciones menos espectaculares, como las ollas populares y las cooperativas de vivienda y otras obras de imaginación y de coraje que han confirmado que la energía solidaria es

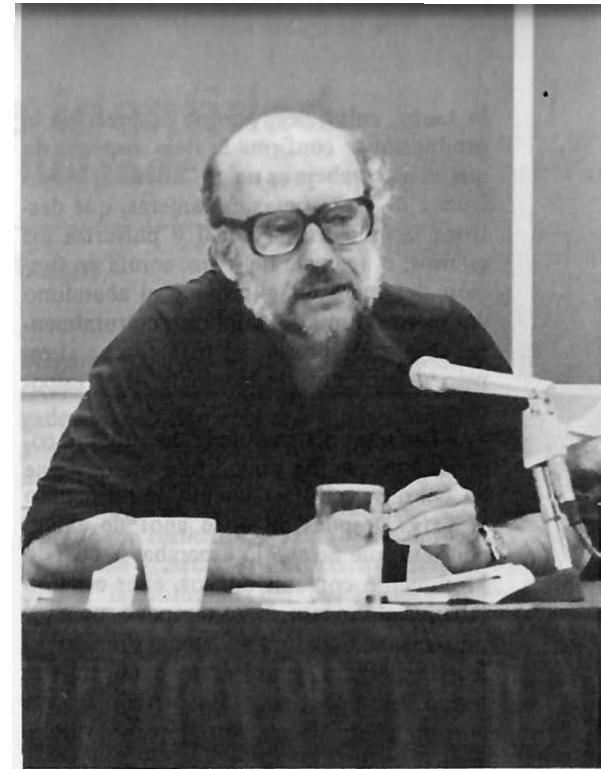
lovaamente proporcional al nivel de in-
- para decirlo al modo de Martín
- que el fuego que de verdad calienta
- que viene de abajo.

Los datos

No hay estadísticas del alma. No hay manera de medir la profundidad de la herida cultural. Se puede saber que Uruguay importa zapatos a Estados Unidos y que en embargo los uruguayos compramos ahora cinco veces menos zapatos que hace veinte años; pero no se puede saber hasta dónde nos han envenenado los adentros, hasta dónde hemos sido mutilados en la conciencia, la identidad y la memoria.

Hay algunos hechos, eso sí, que a la vista están. Son hechos provocados o por lo menos agudizados por la dictadura y por la política económica a cuyo servicio la dictadura convirtió a Uruguay en una vasta cámara de torturas. Por ejemplo: hay libros que nos ayudan a conocernos y a reconocernos, y que mucho podrían aportar en la tarea de la recuperación cultural del país, pero si el precio de uno solo de esos libros equivale a la séptima o a la octava parte del salario que muchos uruguayos ganan, la **censura del precio está actuando con tanta eficacia como antes actuaba la censura de la policía.** Los tirajes de los libros uruguayos se han reducido en cinco o seis veces; la gente no lee porque no quiera, sino porque no puede.

La imposibilidad del desexilio es otro de los hechos. No hay daño comparable al drenaje de recursos humanos que el país viene sufriendo desde hace años y que la dictadura multiplicó. De los que hemos ido al exilio por tener, como decía el comisario aquél, **ideas ideológicas**, algunos hemos podido volver. Algunos, digo; no todos, ni mucho menos. En Uruguay no hay trabajo; y cuando lo hay, no da para vivir. ¿Y cuántos pueden volver de los centenares de miles que el sistema ha condenado y continúa condenando a buscar fuera de fronteras el pan de cada día? **El sistema, enfermo de**



Eduardo Galeano: "¿Será el país fuente de vida o cementerio de elefantes?". (Foto: Arnaldo Cordero)

esterilidad, practica una curiosa alquimia: convierte las palancas del progreso en maldición nacional. El alto nivel cultural de los trabajadores uruguayos, que podría y debería ser un factor de desarrollo, se vuelve contra el país en la medida en que facilita la salida de la población. Ahora tenemos democracia, gobierno civil en lugar de dictadura militar; pero el sistema es el mismo y la política económica no ha cambiado en lo esencial.

Libertad de los negocios enemiga de la libertad humana, usurpación de riqueza, usurpación de vida: esta política económica tiene consecuencias culturales bastante evidentes. **El aliento del consumo, el derroche consumista que llegó al paroxismo durante la dictadura, no sólo se traduce en una asfixiante deuda externa multiplicada por seis: también se traduce en un desaliento de la creación. El estímulo a la especulación no sólo nos vacía de riqueza material: también nos vacía de valores morales y, por**

lo tanto, culturales, porque desprestigia la producción y confirma la vieja sospecha de que el que trabaja es un gil. Además, la avalancha de mercancías extranjeras, que destroza la industria nacional y pulveriza los salarios, el reajuste de la economía en función del mercado externo y el abandono del mercado interno implican, culturalmente, el auto-desprecio: el país escupe al espejo y hace suya la ideología de la impotencia:

—Disculpe. Es nacional —me dijo un comerciante que me vendió una lata de carne en conserva, al día siguiente de mi regreso al país. Después de doce años de exilio, confieso que no me lo esperaba. Y cuando lo comenté con mis amigos, ellos echaron la culpa al Proceso. Y yo tampoco me esperaba que la dictadura se llamara Proceso. El lenguaje estaba, y quizás todavía está, enfermo de miedo; se había perdido la sana costumbre de llamar pan al pan y vino al vino.

44 La tarea

Nuestra tierra de libres está lastimada, pero viva. No ha podido pudrirle el alma la dictadura militar que durante doce años la obligó a callar, a mentir, a desconfiar:

—No lograron convertirnos en ellos —me decía un amigo, al cabo de los años del terror; y en eso creo.

Pero el miedo sobrevive disfrazado de

prudencia. Cuidado, cuidado: la frágil de mocracia se rompe si se mueve. Toda audacia creadora se considera provocación terrorista, desde el punto de vista de los dueños de un sistema injusto, que asusta para perpetuarse. Un gobierno responsable es un gobierno inmóvil: su deber consiste en dejar intactos el latifundio y la maquinaria represiva, olvidar los crímenes de la dictadura y pagar puntualmente los intereses de la deuda externa. Los militares dejaron al país en ruinas y en ruinas sigue. En la aldea, los viejos riegan las flores entre las tumbas.

¿Y los jóvenes? El proyecto de castración colectiva se aplicó, sobre todo, contra ellos. La dictadura intentó vaciarles la conciencia y todo lo demás. Contra ellos actúa, sobre todo contra ellos, el sistema que les niega trabajo y los obliga a irse. ¿Serán bastante fecundos, bastante respondones y peleones ante el sistema que los niega? ¿Advertirán a tiempo que para que el país siga siendo democrático no puede seguir siendo paralítico? ¿O se arrepentirán de ser jóvenes y harán suyo el pánico de los espectros ante el oxígeno de la libertad?

¿Aceptarán con fatal resignación el destino de esterilidad y soledad que esos espectros ofrecen al país o actuarán para transformarlo, aunque se equivoquen, con capacidad de entusiasmo y bella locura? ¿Será el país fuente de vida o cementerio de elefantes?